

Las perspectivas hacia el fin de siglo, en democracia

El teatro chileno de los últimos dos o tres años entró anticipadamente en el pospinochetismo, como lo llamara Marco A. de la Parra. Ya no tiene por eje discutir, reaccionar, criticar o denunciar al régimen; tampoco, autocondolerse por los dolores vividos en ese tiempo. Por ahora, no se vislumbra que nuestro teatro se dedique a educar para la democracia, ni a realizar la expiación colectiva respecto a la violación de los derechos humanos como lo ha hecho por ejemplo el teatro argentino posterior a la dictadura militar. Existe la convicción de que el teatro jugó un rol importantísimo en estas funciones, en especial cuando los organismos políticos y sociales estaban imposibilitados de hacerlo. Ahora pareciera el tiempo, para el teatro, de profundizar en su aporte específico referido a la más amplia gama de temas humanos, entre los cuales está también por cierto, el de la historia política reciente, pero sin restringirse a ella.

La tendencia de los últimos años ha sido más bien reencontrarse con, y reelaborar, aspectos centrales de la identidad, más allá de la contingencia. El gran espectáculo, de espacios abiertos no tradicionales, o el teatro íntimo de círculos pequeños y comunicación intensa, son escenarios adecuados para ello.

La negra Ester, de Roberto Parra con la adaptación y dirección de Andrés Pérez, estrenada a fines del 88 y aún en cartelera tras intesas giras nacionales e internacionales, ha sido la obra más representativa del teatro popular masivo reciente. Roberto, hermano de Violeta y de Nicanor, escribió en décimas un poema a un amor imposible y trágico con una prostituta de puerto. Este poema autobiográfico recoge un sentir profundo del pueblo respecto al amor, la amistad, el destino y el absurdo de marginales que no logran concretar su felicidad. Su realismo irónico, honesto, desgarrado, con la picardía popular a flor de labios, escrito en las tradicionales décimas, fue proyectado escénicamente por Pérez y un grupo de actores que de diferentes maneras estaban buscando un lenguaje basado en el gesto y la máscara, en el trabajo de los tipos humanos con capacidad de provocar identificación y comprensión emotiva. El encuentro creativo entre la tradición y lo posmoderno, entre lo poético del lenguaje hablado y de la articulación escénica, hicieron de *La negra Ester* un espectáculo nacional, que convoca a todos los sectores sociales, sexos y edades por igual.

En un tono y espacio íntimos, opuestos al espacio abierto y masivo de *La negra Ester*, las obras *Cartas de Jenny* y *Cariño malo* indagan también en los amores dolorosos, trágicos, develando la emoción interior femenina, el recorrido psíquico de ese dolor. En el primer caso, se trata de un triángulo madre-hijo-nuera; en el segundo, de una mujer jugada por tres actrices, que dan cuenta de sus diferentes «yo» frente al término de una relación.

Otra preocupación que ronda por el teatro chileno, y por la sociedad en general, es la del quinto centenario de la conquista española de América. La nueva versión de *La vida es sueño* realizada por el Teatro de la Universidad Católica, la presentación

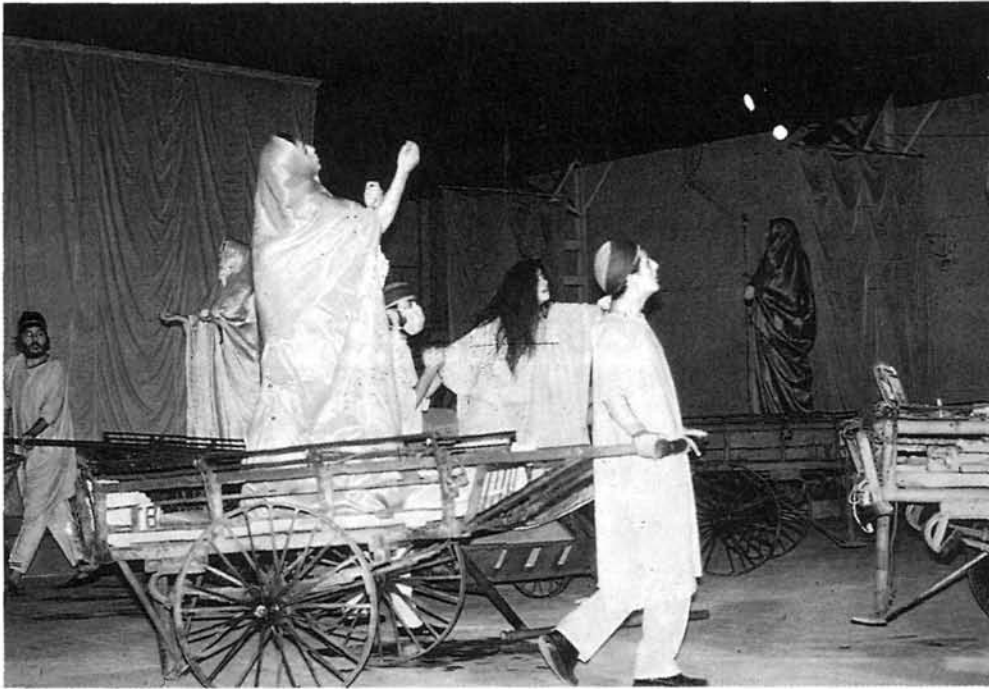


Foto: Jacobo Borizon

en este teatro de *La tierra no es redonda*, basada en una obra de Claudel, y la creación del mimodrama *Tranfusiones*, que en un gran espectáculo propone una interpretación de la historia de América hispánica, buscan reflexionar, o tomar posición, frente a este tema histórico de gran aliento, en especial, preguntándose acerca de la identidad americana surgida a través de estas centurias.

Todas las obras mencionadas tienen en común el ser trabajadas como teatro de laboratorio o investigación. Siendo el texto dramático central, el director trabaja directamente con el autor, o en caso de textos no chilenos antiguos, se realizan adaptaciones en función del proyecto escénico y estético del director.

Es un teatro que privilegia el gesto, el trabajo actoral sobre el personaje en conexión con su creatividad, muchas veces distanciado a través de la narración. La exploración en los temas y realidades se realiza a través y sobre el lenguaje teatral, invirtiéndose el punto de partida: antes, primaba el tema, el cual buscaba una forma teatral funcional dentro de los géneros o estilos conocidos. Actualmente, el trabajo se hace sobre la expresión y de allí surge la propuesta de sentido integral.

Existe desconfianza hacia el decir que no encuentra un hacer con suficiente fuerza que lo sostenga y lo haga sensiblemente comprensivo. Ello manifiesta la crisis de las ideologías discursivas, la suspicacia respecto a la demostración causa-efecto. La intervención del discurso, la transgresión del espacio y de lo cotidiano, el establecimiento de diferentes tiempos y niveles de comprensión de los temas busca captar una realidad entendida como multifacética, diversa, fluida. No significa necesariamente llegar al pastiche ni carecer de punto de vista; es otra manera de concebir la realidad y de dar cuenta de ella.

Otra constante de este teatro es que persiste la resolución de problemas de financiamiento a través de imaginativas producciones con escasos medios, con trabajo «volun-

tario» de grupos conexionados, con actuaciones de gran calidad, rigor y capacidad comunicativa. No se avizoran, aún en democracia, grandes recursos para el teatro, ni subvenciones de importancia. Persistirá el teatro como una fuerte vocación, una necesidad creativa, una exploración rigurosa y persistente en el oficio, para seguir revelando la sensibilidad y la problemática profunda de cada época y grupo humano.

María de la Luz Hurtado



Foto: Jacobo Borizon